Anuario de Espacios Urbanos
Historia • Cultura • Diseño, 1998

Poshistoria

Carlos Illades
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Desde el despliegue de la modernidad, cuyo escenario es el mercado mundial y su horizonte político la Revolución Francesa, diversos proyectos intelectuales han tratado de presentarla como la última etapa del desarrollo histórico de la humanidad. El historiador británico Perry Anderson expone en *Los fines de la historia* (Barcelona, Anagrama, 1996), que Hegel definió como su límite objetivo la realización de la libertad positiva bajo la figura del Estado constitucional moderno. Antoine-Augustin Cournot vio a los principios de la economía mercantil, regulados por una administración racional, como la fuerza articuladora de la vida colectiva. Alexandre Kojève encontró en las rutinas del consumo y en los rituales de la forma los componentes propios de la existencia poshistórica. En estas tres fuentes abrevaron los discursos sobre el fin de la historia esbozados en Occidente durante la segunda mitad del siglo xx que, de acuerdo con Lutz Niethammer, reemplazaron el optimismo histórico decimonónico, de inspiración ilustrada, y el voluntarismo revolucionario finisecular.

En julio de 1989, justamente a dos siglos de la toma de la Bastilla y cuatro meses antes de que cayera el muro de Berlín, Francis Fukuyama, un funcionario del Departamento de Estado, publicó el provocador ensayo "¿El fin de la historia?". En este texto identificó la extensión de la democracia representativa y de la economía de mercado a escala planetaria en su forma capitalista, como la condición de posibilidad de la poshistoria, tesis ampliamente discutida entre la intelectualidad tanto de derecha como de izquierda, y que el pensador estadounidense amplió y dotó de perspectiva filosófica tres años después en *El fin de la historia y el último hombre*.

Desde esta óptica, el ocaso de la alternativa socialista llevaría a una "mercadización común"

Reseña del libro *Los fines de la historia*, Barcelona, Edit. Anagrama, 1996.

de las relaciones internacionales y a una disminución de los conflictos bélicos de gran magnitud. Su ensayo es concluyente: "podemos resumir el contenido del Estado homogéneo universal como democracia liberal en la esfera política combinada con un fácil acceso a videograbadoras y estéreos en lo económico. Estos son los confines de la poshistoria y el futuro previsible de todas las sociedades, incluso las que todavía viven prisioneras de la necesidad en el difícil mundo de la historia". Aunque optimista la predicción de Fukuyama contiene una moderada resignación, pues, como apunta Anderson, "el fin de la historia no equivale a haber alcanzado un sistema perfecto, sino a la eliminación de alternativas mejores". El tratamiento del presente como destino final, se le mire complacientenemente o sin ilusión, está implícito en las reflexiones poshistóricas.

Después de desmontar el andamiaje filosófico de las tesis de Fukuyama, Perry Anderson se pregunta sobre su factibilidad a la luz de las tendencias históricas contemporáneas. La exposición es sobrecogedora: la base de la riqueza capitalista se concentró a la vez que las elecciones libres se expandieron, es decir, que su relación no solo es asimétrica sino que corre en sentidos divergentes; el "mundo en desarrollo" está más depauperado que antaño y, por tanto, sus posibilidades de salir del viejo horizonte histórico son cada vez más remotas; a nivel general, incluidas las economías industriales avanzadas, crecieron las desigualdades sociales entre sus habitantes; aunque la democracia representativa cubre ahora más territorio que nunca, perdió sustancia, tanto porque las decisiones estratégicas las toma la tecnoburocracia sin consultar a nadie, como a consecuencia de que los electores se alejan de las urnas; la crisis ecológica es ya una realidad y la irracionalidad de la globalización económica tiende a agravarla. Los privilegios consuntivos de un segmento de la población cada vez menor procrean la miseria de una masa creciente. Un dato: "si se generalizara el consumo de comidas a la manera norteamericana, la mitad de la población mundial tendría que extinguirse, la tierra no aguantaría más de 2,500 millones de habitantes". Esto por no hablar de otros bienes indispensables, ya no digamos de "videograbadoras y estéreos".

El historiador británico, sin suscribir la confianza iluminista en el progreso o cavilar acerca de la inminencia de la revolución, trata de atisbar una alternativa viable a la construcción poshistórica. Ve a la socialización del mercado como una forma de alcanzar cierto control social sobre la producción mercantil. Un modelo de democracia que ensanche y profundice los espacios de decisión pública sería su contraparte política. Alcanzar estos objetivos requeriría de la integración de una fuerza social más amplia que los asalariados industriales, destacadamente la participación de las mujeres, que, en su lucha por el reconocimiento igualitario en las sociedades metropolitanas, han alcanzado más éxito en los últimos veinte años que otros movimientos emancipatorios.

Expuestas estas ideas, Anderson recurre a la historia para, por analogía, vislumbrar el destino posible del proyecto socialista: ser considerado como un experimento exótico en tierras remotas, de la misma manera que la utopía jesuita en Paraguay; que su énfasis en la igualdad de oportunidades y en la socialización de los disfrutes fueran recodificados en una época posterior, a la manera del vínculo ideológico que une a los "Acuerdos del Pueblo" de los *Levellers* (niveladores) de la Revolución inglesa del siglo XVII con la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" de 1789; fungir como el punto de partida de un movimiento

que a la postre lo negara, como ocurrió al jacobinismo con la Revolución de 1848; o que, por último, tal como le aconteció al liberalismo después de la Segunda Guerra Mundial, se rehiciera conceptualmente después de su crisis de entre guerras. Estas son "las imágenes en el espejo" reflejadas en las páginas de su libro.